

# El proceso, de Franz Kafka

Traducción, notas e introducción de Miguel Vedda;  
Buenos Aires: Colihue, 2012; 368 pp.; ISBN 978-950-563-021-2.



Olga Martedí

Universidad de Buenos Aires, Argentina

En esta novela, publicada póstumamente por Max Brod en 1925, Josef K. es sorprendido en su vivienda la mañana de su cumpleaños por dos hombres que le informan que se le ha iniciado un proceso y que por lo tanto está arrestado. Sin embargo, no es detenido y, por ello, puede seguir viviendo en el mismo lugar y continuar con su habitual trabajo en la oficina del Banco. Esta decisión del sistema de justicia divide su mundo en dos: el que llevaba antes de la visita de los “guardianes” y el que comienza con la novela. El primero: conocido, ordenado, en el cual K. disfruta de lugares de sociabilidad; el segundo: no solo por completo extraño, sino más aún, incomprensible, laberíntico y dentro del cual reina la soledad del individuo en un sistema que, a la vez que lo sojuzga particularmente, lo ignora. Al momento de su arresto, nadie le puede informar cuál es la causa ni de qué se lo acusa.

Aunque tiempo más tarde improvisa un alegato en una presunta oficina frente a un juez y a una asamblea, sus palabras quedan suspendidas en el vacío. Pronto verificará que, una vez que se pone en marcha, la maquinaria jurídica no tiene retorno. En realidad, no hay instancia para la defensa porque, en ese reino de incongruencia, está abolida la palabra y con ella toda la densidad del sentido: no hay verdad ni hay mentira y, sobre todo, erradicada la posibilidad de la inocencia, no existe la justicia en el pleno sentido: solo la culpa. La cadena racional de causas y consecuencias transmuta reduciendo cada hecho al mero paso siguiente de un *a priori* mecánico.

En este sentido, se podría afirmar que *El proceso* trata un tema recurrente en parte de la producción de Kafka: las leyes son ajenas al conjunto social y es solo un pequeño grupo inalcanzable el que accede a ellas y, sobre todo, el que detenta el poder de esa máquina. De esta manera, el hombre común queda escindido no solo de la palabra, sino también, de sus propias acciones y omisiones, puesto que, en una lógica inversa, es atrapado a causa de una culpa preexistente de la que no es en absoluto consciente, todo lo cual lo impele a vivir en un estado de alienación esencial.

Como se analiza más arriba, al comienzo de la novela la vida anterior de Josef K. queda clausurada. El personaje inicia un camino sin huellas durante el transcurso del cual su existencia es expuesta a fuerzas superiores insensibles e inalcanzables que le arrebatan todo derecho a ser escuchado. Aquello que más reacción provoca en el lector, acaso sea el hecho de que en *El proceso* la palabra no sea más que una sombra. Por lo demás, todo aquello que fue lógico hasta ese momento da paso a una atmósfera irracional, organizada de acuerdo con principios que el personaje desconoce. Todas las vías que recorre con relación a su procesamiento crean un clima cerrado a una experiencia común compartida: no hay información sobre otros procesados, no existe un saber ni oral ni escrito colectivo que sirva de guía y por esa razón, la ignorancia es atomizada, y consecuentemente, absoluta.

*El proceso* problematiza también la noción de una apariencia de lo oculto, de aquello que solo se muestra mediante vestigios. Esto refiere al máximo órgano que cifra la magnitud de la condena: el Tribunal Superior, el cual obstaculiza cualquier tipo de aproximación. Tras una pátina desgastada y sucia que deja relucir su carácter vetusto, simuladamente desarticulado, se agazapa, sin embargo, un dispositivo regido por leyes que se intuyen antiguas y bien custodiadas por un orden jerárquico férreo, cuyas sentencias son irrevocables. Esta novela consume el adjetivo “kafkiano” entendido como el carácter trágicamente absurdo, desprovisto de todo sentido humano.